

---

## INSTRUMENTOS PARA UNA HISTORIA DEL TEATRO EN ESPAÑA

*Juan Antonio RÍOS*  
(*Universidad de Alicante*)

Sería pretencioso por mi parte plantear un debate sobre la metodología o los objetivos que se consideran propios de la historia del teatro en España. Tan amplia y compleja materia sólo puede abordarse con un mínimo de seriedad por voces más autorizadas y en un contexto de debate que, en mi opinión, todavía no se ha dado con la debida profundidad y extensión. Espero, no obstante, que con el tiempo y el previsible desarrollo coordinado de los estudios sobre la historia de nuestro teatro tengamos ocasión de participar en este necesario debate para que nos ayude a orientarnos.

Pero para orientarse primero hay que moverse. Dicho movimiento en el campo de la investigación implica, entre otras cosas, la existencia de una serie de instrumentos de trabajo, de medios para que la voluntad de conocer no se traduzca en el hastío ante las más variadas y prosaicas dificultades. Sobre este tema, y desde la experiencia profesional de cada uno de nosotros, cualquiera podría plantear una larga y justificada lista de necesidades en relación con los instrumentos o medios que necesitamos para realizar nuestro trabajo. Por ello me atrevo a plantear mi lista particular con la intención de que no sea exclusiva y sirva para un posterior debate que nos lleve a resoluciones concretas y, lo más difícil, posibles en un corto o medio plazo.

No me voy a referir a los instrumentos necesarios para cualquier tipo de investigación humanística (becas, subvenciones, publicaciones...), porque tan desolador tema nos desbordaría y se alejaría de lo concreto e inmediato antes indicado. Por lo tanto, me centraré en la necesidad de algunos instrumentos de trabajo que, en el campo que nos ocupa, nos resultarían de una estimable ayuda

y, en la medida de lo posible, también en las soluciones que desde nuestra iniciativa podemos auspiciar para que en buena medida se hagan realidad.

El primer reto con que se enfrenta el investigador es el acceso a la información que requiere para su trabajo. En el campo de la historia de nuestro teatro dicho acceso plantea notables dificultades, a veces compartidas con otros campos y en ocasiones de carácter peculiar y relacionadas con la complejidad de la conservación y utilización de los diferentes materiales pertinentes para este tipo de investigación. Incluso muchos de nuestros trabajos adoptan metodologías limitadas o parciales ante la imposibilidad de acceder a unas fuentes de información que, por no ser exclusivamente las literarias, tienen un difícil acomodo en las instituciones encargadas teóricamente de su conservación.

La búsqueda individual es a menudo la única solución. Pero considero imprescindible que nos organicemos dotándonos de instrumentos tal vez modestos, aunque útiles para solucionar problemas concretos relacionados con nuestra práctica investigadora. Uno de esos instrumentos tal vez sería la publicación de un pequeño boletín de carácter cuatrimestral destinado a todo el profesorado universitario dedicado a la investigación y docencia del teatro en España. Veamos cuales serían sus objetivos concretos.

En primer lugar la recopilación de información bibliográfica. No considero viable incluir en una modesta publicación como la que pretendo diseñar toda la información bibliográfica relacionada con tan amplio tema. Los límites son muy extensos y, además, haríamos una labor que se solaparía con la realizada por diversas entidades y publicaciones de probada trayectoria. Sin embargo, en un boletín de estas características tendría sentido incluir otro tipo de información bibliográfica que no suele tener acogida en publicaciones no tan especializadas. Me refiero básicamente a la de las tesis doctorales y memorias de licenciatura leídas en nuestros centros. A pesar de algunos intentos, fracasados ya por su falta de agilidad, emprendidos por el Consejo de Universidades, todos sabemos la dificultad que nos plantea el conocimiento de lo que se hace en este campo en otros centros por parte de los alumnos del tercer ciclo. Dificultad que provoca no pocas duplicidades y sorpresas a veces desagradables, que podrían ser evitadas con una información que, además, nos resultaría orientadora para nuestros propios trabajos tanto de investigación como de dirección.

El segundo apartado de información del boletín lo dedicaría a los proyectos de investigación en fase de realización o recientemente ejecutados. Una somera descripción de los mismos nos permitiría orientarnos mejor antes del a menudo largo plazo transcurrido hasta su publicación y, en ocasiones, podría propiciar el establecimiento de una comunicación o colaboración entre diferentes proyectos convergentes.

El acceso individual y generalizado a este tipo de información es prácticamente imposible. Tampoco cabe confiar demasiado en iniciativas oficiales. La

colaboración de todos nosotros sería imprescindible para disponer de estos datos a través de un boletín que centralizaría y sistematizaría lo que ya solemos hacer de forma esporádica.

Otro tipo de información de a veces difícil acceso es la relacionada con los centros de investigación. Iniciativas como la reciente publicación del inventario del Museo Nacional del Teatro son todavía la excepción y, como es obvio, otros centros con menos medios jamás pueden seguir esta línea. Por lo tanto, sería conveniente abrir las páginas del citado boletín a los diferentes centros de investigación vinculados con la historia del teatro para que facilitaran la información pertinente sobre sus fondos, en especial los de reciente adquisición, y las fórmulas de acceso a los mismos. Saldríamos beneficiados los investigadores y, por supuesto, los propios centros que encontrarían un medio de promocionar su actividad.

Considero que el boletín que estoy diseñando también debería tener otras secciones ya habituales en este tipo de publicaciones. Un directorio actualizado, notas sobre los congresos o reuniones relacionados con la investigación del teatro e información acerca de las actividades de la hipotética organización que tal vez salga de esta reunión en Alcalá. Pero dado que nuestro campo no depende exclusivamente de fondos documentales o bibliográficos, también debería incluir información sobre videos y otros elementos gráficos, tan útiles como difíciles de conseguir por falta de adecuados canales de distribución.

Un pequeño boletín de estas características que fuera ágil y contara con la colaboración de los propios destinatarios nos podría resolver problemas muy concretos, de escaso relieve a veces, pero no menos molestos y limitadores para nuestra práctica investigadora. Creo, por lo tanto, que deberíamos considerar la pertinencia de su creación.

La investigación realizada en el campo de la historia del teatro en España tiene demasiados límites. No me refiero a los de tipo teórico o metodológico, sino a la imposibilidad de alcanzar una serie de objetivos fundamentales por falta de medios. Cualquiera de nosotros sabe que, salvo en determinados temas, tenemos una visión incompleta de la realidad de nuestra materia. Las lagunas son enormes y todavía partimos de un corpus de obras, autores y datos bastante limitado y de dudosa representatividad. Y no me refiero a épocas tan complejas como la Edad Media. Cualquier dieciochista, por ejemplo, puede constatar la relativa carencia de estudios sobre el teatro español más o menos alejado de los moldes del Neoclasicismo, lo cual provoca la descontextualización de este movimiento. Un estudioso del siglo XIX español puede asombrarse ante la pobreza de los estudios teatrales sobre la segunda mitad de dicha época. Un conocedor de la rica actividad teatral de las décadas anteriores a la Guerra Civil puede sorprenderse ante la multitud de nombres clave que hoy son referencias destinadas a las listas puestas a pie de página. Y si abandonamos el criterio cronológico y nos centramos en el

geográfico, todos sabemos que es una obviedad que el teatro en España no se reduce al hecho en Madrid. De acuerdo, pero también es una obviedad que muchos trabajos parten de tan singular limitación por inercia o, lo que es más grave, por carencia de una revitalizada investigación en el campo de las historias locales.

Podríamos seguir añadiendo múltiples ejemplos presentes en la memoria de todos. Pero la conclusión está clara: hay muchas zonas de oscuridad en nuestra historia teatral. Algunas por la inercia de criterios ya desfasados que, por ejemplo, han dejado en un segundo plano todo lo que no fuera el autor y su texto. Otras por la persistencia de prejuicios, impropios de historiadores, que han concentrado la atención en unos pocos temas en detrimento de otros no menos significativos desde un punto de vista histórico. Pero estas carencias se pueden ir solventando con un cambio de actitud de los investigadores, supongo que deseosos de tener una visión más completa, matizada y contrastada de nuestra historia teatral.

Un cambio difícil, sin embargo, mientras se mantengan carencias a veces alarmantes. Un profesor universitario que apenas puede preparar un curso sobre teatro español del siglo XVIII porque carece de ediciones críticas de los textos ajenos a los tres o cuatro autores de siempre, es difícil que como investigador se centre en este campo nuevo. Un docente que ha de pasar ante sus crédulos alumnos del teatro romántico al de Pérez Galdós sin poder abordar con ediciones críticas lo que supone las décadas centrales y finales del siglo XIX, está casi condenado a desistir de una investigación en este campo. Explicar en una clase universitaria algo tan fundamental desde un punto de vista histórico como es el género chico o el astracán requiere fe por parte de los alumnos, que difícilmente podrán contrastar las palabras del profesor con la lectura de algunas de las obras que mejor caracterizan a estos géneros.

En definitiva, la supuesta falta de interés de algunos temas o épocas provoca la correspondiente falta de estudios sobre los mismos, pero también la carencia de ediciones que podrían en el campo de la docencia hacer variar dicha valoración y permitir una nueva inquietud investigadora. O salimos de este círculo o permaneceremos en una visión troceada y falsa de nuestra historia teatral.

El tema de las ediciones de textos teatrales resulta especialmente grave, sobre todo de cara a la docencia de la historia del teatro. Unos pocos y eternamente repetidos títulos copan la por regla general escasa atención dedicada al teatro por las editoriales que surten a los alumnos de obras con un aparato crítico adecuado para la práctica docente. Cuando se publica un título ajeno a los de siempre, se hace en editoriales casi marginales o con una problemática distribución de cara al alumno. A estas alturas carecemos, además, de colecciones específicas de clásicos dedicadas exclusivamente a la historia del teatro. Ante esta situación, resulta difícil en el campo de la docencia universitaria de la historia del teatro plantear una renovación y ampliación de los objetivos docentes.

Carencia que se corresponde con otras muchas en el campo de la documentación necesaria para una renovada tarea investigadora. Se nos acusa a veces de ocuparnos casi exclusivamente de la literatura dramática, de los textos, pero ¿de qué otra cosa nos vamos a ocupar? Todos conocemos las dificultades para acceder, en el caso de que se hayan conservado, a materiales tan interesantes como los gráficos, los programas de mano, la publicidad, el vestuario, etc. A menudo no nos enfrentamos ante la imposibilidad teórica de confrontar el análisis de los textos con el de estos materiales, sino que simplemente sólo tenemos los textos y a ellos nos remitimos los historiadores dando una visión limitada de nuestra realidad teatral.

Un equipo de investigación que actualmente coordino y que está elaborando la historia del teatro en Alicante durante el siglo XX tiene a su disposición un archivo riquísimo de todos estos materiales tan efímeros, poco valorados y casi nunca utilizados. Se han conservado gracias a una familia de tramoyistas vinculada con el principal local de la ciudad a lo largo de varias generaciones. Es la casualidad, la voluntad de unos individuos, lo que nos ha permitido renovar y ampliar muchos conceptos hasta tal punto que el anexo documental utilizado superará los 12.000 folios cuando sea completado. Pero esperar otras casualidades similares es muy arriesgado. Resulta necesario transmitir la necesidad de conservar y utilizar unos materiales de carácter efímero, poco valorados social y académicamente, secundarios en ocasiones, pero muy interesantes de cara al historiador. Necesidad de la que no parecen muy conscientes muchos de los responsables de nuestro teatro actual. Pocos centros se han abierto en las autonomías o nacionalidades a semejanza del Centro de Documentación Teatral del Ministerio de Cultura, pedir un video de un montaje reciente de una compañía pública es a menudo una quimera y acceder a los programas de mano de una temporada de un teatro público o privado no siempre es fácil. Son pequeños ejemplos, anécdotas, que dan el tono de las dificultades que tenemos los historiadores del teatro para ampliar y renovar nuestro trabajo. A algunos tal vez nos falten conocimientos metodológicos o teóricos sobre las más avanzadas corrientes de la crítica. Pero, sobre todo, lo que nos falta es paciencia ante lo limitado de nuestro campo real de acción, ante las dificultades derivadas del desinterés a la hora de velar por la conservación y difusión del material necesario para poder hablar de una verdadera historia del teatro en España.

No obstante, estoy seguro de que seguiremos haciendo uso de nuestra escasa paciencia porque pensamos que es imprescindible mantener una docencia y una investigación de la historia del teatro en nuestras universidades. Tal vez no sea necesario justificar las mismas basándose en razones tan obvias como la conservación, conocimiento y difusión de nuestro patrimonio cultural, aunque los tiempos que corren no parecen muy proclives a estos solemnes principios. Si descendemos a lo más concreto, considero que cualquier universidad debe

proporcionar a sus alumnos la posibilidad de una formación teatral en tres campos complementarios: la historia y crítica del teatro, la teoría y la práctica del hecho teatral y, en tercer lugar, la formación de grupos universitarios de teatro. Tres campos distintos y complementarios, que bien articulados pueden ofrecer una formación integral al alumno universitario en materia teatral.

Si tuviera que prescindir de las consideraciones teóricas fundamentales que justifican la existencia de una historia del teatro y presentar tan sólo una muy concreta, mi elección sería fácil. Ante todo el estudio de nuestra materia evita la ignorancia, uno de los grandes y seculares males de nuestro teatro. Cualquier aprendizaje del mismo que no parta de un adecuado conocimiento histórico puede desembocar en la sorpresa de quien descubre el Mediterráneo, mar todavía ignorado por quienes son tan artistas que desprecian a los historiadores.

Los profesores universitarios tenemos la oportunidad de observar la sorpresa de nuestros alumnos ante determinadas manifestaciones de nuestra tradición teatral, alejadas en el tiempo pero que bien observadas nos alumbran aspectos que continúan vigentes. Y no me refiero al valor que Azorín y otros críticos dan a los clásicos, sino a aspectos relacionados intrínsecamente con lo que es la esencia del teatro, con sus técnicas y recursos para propiciar una determinada comunicación dramática.

Ya Leandro Fernández de Moratín a la hora de caracterizar a su Eleuterio de *La comedia nueva* señalaba los riesgos de la ignorancia de la tradición teatral. Todavía quedan muchos Eleuterios que confían en el valor absoluto de la inspiración, pero sin el paternalismo propio del Don Pedro moratiniano convendría que, en la medida que esos personajes estén en la universidad, cambien de opinión valorando en su justa medida lo que puede aportar una historia del teatro.

Una historia en la que la simple necesidad de conocer y conservar nuestro pasado teatral ya debería ser motivo suficiente para su justificación, pero que, además, puede ser elemento de orientación para una práctica teatral asentada sobre bases sólidas. Por ello considero que en los planes de estudio, tanto de la Universidad como de los centros de arte dramático, jamás deben desvincularse los tres campos antes citados. Aprender a valorar y hacer el teatro conociendo su historia debería ser un objetivo casi indiscutible para unos alumnos que no deben reproducir la, por desgracia, secular y lamentada ignorancia de muchas de nuestras gentes del teatro.

Para alcanzar este y otros objetivos, es preciso dar un tratamiento diferenciado y renovado a la historia del teatro en las aulas universitarias. En otra sesión abordaremos las oportunas fórmulas docentes, pero lo fundamental es nuestra propia actitud. Muchos de nosotros pertenecemos al campo de los estudios filológicos y no vamos a renunciar a ellos, pero somos conscientes de la entidad peculiar de una historia del teatro donde intervienen factores ajenos a la filología. Teóricamente es un debate ya casi superado, pero queda a veces pendiente su

aplicación concreta a la docencia, a la formulación de unos temarios, tratamientos pedagógicos y objetivos docentes que deben ser coherentes con esa entidad diferenciada que supone la historia del teatro. No sólo necesitamos asignaturas específicas dedicadas exclusivamente a esta materia, sino también un convencimiento por nuestra parte de que requieren una actitud docente específica. Pero de nuevo nos encontramos con el problema de los medios.

Impartir una asignatura de historia del teatro, sin recurrir a los mismos instrumentos pedagógicos que ya se utilizan en otras asignaturas de filología, es a menudo un desafío para la imaginación. Contamos con algunos manuales, todavía no muchos, que han abordado la materia con un criterio metodológico renovado y peculiar. También empezamos a tener un buen número de ediciones críticas que ya no se limitan a un estudio filológico del texto dramático. Pero, aparte de que en ambas líneas el trabajo pendiente todavía es considerable, la docencia de la historia del teatro no puede utilizar exclusivamente elementos bibliográficos. En este sentido cabría destacar la importancia del video, que jamás puede sustituir a una representación teatral, que tiene sus evidentes limitaciones y peligros, pero que resulta un instrumento eficaz en el marco del aula para abordar determinados aspectos.

Podríamos discutir sobre las virtudes, características y limitaciones de un video teatral, pero yo preferiría señalar su escasez y difícil acceso para el profesorado que se encarga de las asignaturas de historia del teatro. Todos quisiéramos llevar a nuestros alumnos a las representaciones de la C.N.T.C. o vivir en ciudades de provincias con una cartelera atenta a los clásicos de cualquier época, pero no siempre es posible. Mientras tanto, nos debemos conformar con videos que a veces son conseguidos de una forma rocambolesca. No está en nuestras manos la posibilidad de garantizar la efectiva realización de esos videos que den cuenta de puestas en escenas esenciales para nuestra historia teatral, tampoco su adecuada distribución a los centros docentes, pero sí debemos recordar a los responsables de las diferentes compañías públicas que, además de hacer teatro, también están haciendo historia del teatro. En consecuencia, deben dejar el máximo de material posible para que la misma sea viable. Los videos de sus montajes son un ejemplo, pero también habría otros elementos gráficos y textuales que deberían integrarse en centros de documentación relacionados con las principales compañías. Yo comprendo que las urgencias políticas de estos responsables apenas son compatibles con el trabajo de cara a la historia, pero nuestro objetivo es esta última y necesitamos su colaboración.

Por otra parte, la historia del teatro como materia docente ha de entrar en contacto con áreas normalmente alejadas del campo filológico. En la medida que el teatro supone una formulación a veces restrictiva, sería más oportuno hablar de una historia de las prácticas o artes escénicas. La misma resultaría más adecuada para abordar determinados períodos históricos donde lo teatral apenas tiene una

personalidad netamente diferenciada, pero también nos permitiría incluir manifestaciones parateatrales fundamentales desde un punto de vista histórico. La excesiva vinculación del teatro al estudio filológico ha provocado el olvido de numerosas manifestaciones espectaculares que, aparte de su propio interés, nos ayudan a insertar el teatro en una historia del espectáculo, objetivo al que nunca cabe renunciar.

Con independencia de la necesidad de contar con un marco legal más favorable para la docencia del teatro en la Universidad, en la medida que consigamos dar una entidad peculiar a la historia del teatro estaremos creando un hueco adecuado para su necesario asentamiento en la enseñanza e investigación universitarias. Desde un punto de vista teórico ya casi nadie plantea dicha historia sólo como una parte de la de la literatura, pero es en la práctica docente e investigadora donde cabe demostrarlo. Y para conseguirlo necesitamos una serie de instrumentos de trabajo peculiares todavía poco accesibles. Mucho se ha hablado del soporte teórico de nuestra materia, pero sin instrumentos adecuados con un nuevo soporte teórico acabaremos haciendo un trabajo similar al de siempre. Por lo tanto, cabe reclamarlos y, sobre todo, organizarse colectivamente para facilitar su acceso a unos investigadores y docentes siempre tentados a la hora de seguir unos caminos tan trillados como estériles para la necesaria ampliación y renovación de la historia del teatro.